

medio de esa relativa calma de la diplomacia austriaca, el belicoso despacho de 26 de enero, que sonaba de repente á modo de toque de clarín, sacó de su quietismo á todos los que hubieran querido prolongar la ilusión de la paz.

La respuesta, formulada en 7 de febrero en un despacho del Sr. de Mensdorff al conde Karolyi, denunciaba un vivo sentimiento de dignidad ofendida y una irritación ya profunda, pero que se violentaba para no estallar. El Sr. de Mensdorff comenzaba por determinar el carácter del Tratado de Gastein, al que calificaba, como lo había calificado Bismarck, de arreglo provisional; y después de proclamar los deberes del Austria, rechazaba toda interpretación que los ampliara abusivamente é invocaba el mismo convenio para declinar toda fiscalización en la administración de las provincias del Holstein. «El gobierno imperial, decía, no es el único propietario de los derechos de soberanía, pero á su libre criterio está encomendado el modo de ejercerlos; en su consecuencia, «el ministro del emperador rechazaba enérgicamente la pretensión de Prusia de pedir cuentas de los actos del comisario austriaco.» Esta excepción perentoria dispensaba de toda explicación sobre los sucesos de Altona; por esto el Sr. de Mensdorff sólo hablaba de ellos incidentalmente y se limitaba á descartar, con desdén laconismo, la acusación de tendencias revolucionarias que se osaba formular contra su gobierno. En cambio, el jefe del gabinete de Viena, remontándose á consideraciones mucho más generales, desautorizaba, con gran elevación de ideas, «toda política de celos ó de rivalidad.» El Sr. de Mensdorff se guardaba de prolongar su defensa, y sobre todo prescindía de recriminaciones; sin embargo, daba á entender cuánto se prestaría el asunto á represalias si se quisiera entrar en este terreno: «Obraría contra los elevados sentimientos del emperador si me dejaba arrastrar á una comparación entre la conducta de la corte de Berlín y la nuestra.»

Cuando llegó este despacho á orillas del Spree, corrían por la corte y por la ciudad los primeros rumores de guerra y el gobierno se dedicaba con más asiduidad que nunca á completar sus fuerzas. ¿Asociaría el rey, que era el verdadero amo de la política, su suerte á la de su audaz ministro? ¿Buscaría, por el contrario, consejeros más circunspectos ante el temor de tan temibles aventuras? Los informes acerca de este particular eran escasos, oscuros y contradictorios. «A consecuencia de los usos de la corte de Prusia, escribía el embajador de Francia, el palacio está cerrado en absoluto á la diplomacia extranjera.» Pero lo que al exterior llegaba permitía adivinar grandes perplejidades en la familia imperial y en el alma del mismo monarca. El príncipe se indignaba de que se le discutieran los ducados, y por otra parte, ¡cuál no sería el escándalo de una lucha entre hermanos alemanes, y cuán peligrosa no sería esta lucha desde el momento en que se trataba de afrontar el poder de Austria! Bismarck guardábase de influir en el ánimo de su soberano: avaro de su crédito, dedicábase á conquistar uno por uno á los personajes que más disfrutaban de la intimidad de la corte, procuraba sobre todo atraerse á los que hasta entonces habían sido sus adversarios y hacía que de labios de éstos salieran los conceptos que en los suyos habrían sido sos-

pechosos ó importunos. Para llegar hasta la voluntad del monarca apelaba á largos rodeos y empleaba todo su arte en disfrazar de tal manera sus consejos que nadie habría podido adivinar de dónde éstos procedían. Uno de los más habituales recursos del ministro era persuadir al príncipe de que le provocaban, despertando de esta suerte en él ese amor propio susceptible que lleva dentro de sí todo buen prusiano. Durante los primeros meses del año 1866 prosiguió Bismarck con infatigable paciencia y con destreza llena de artificios este trabajo de conquista del monarca, el cual se dejaba convencer, aunque poco á poco y con toda clase de aprensiones y rectificaciones: «Me encuentro, decía con singular ansiedad, en un *recodo* de la historia de Prusia.»

En el momento en que la proximidad del peligro hacía necesaria la concentración de todos los poderes, un rumor molesto perturbaba los preparativos de la guerra. El día 15 de enero habíase abierto la legislatura, y ministros y representantes sólo habían vuelto á reunirse para reanudar la lucha que les dividía hacia muchos años. En el discurso del trono, leído por el presidente del Consejo, habíase expuesto fríamente el pesar de que no se hubiese podido llegar á una inteligencia para la fijación del presupuesto, y se había indicado la urgencia de desarrollar vigorosamente el poderío militar de Prusia. Las primeras sesiones habían transcurrido en tempestuosos debates: uno de ellos había versado sobre la reciente adquisición del Lauenburgo; el otro sobre los procedimientos incoados contra ciertos diputados con motivo de sus discursos. De diversos puntos llegaban mensajes de adhesión que eran depositados sobre la mesa. Bismarck, dejándose llevar de su osadía, resolvió suspender las sesiones del Parlamento, ya que no podía someter á los representantes, y el 22 de febrero, cuando tocaba á su fin la sesión, que había sido más agitada que de costumbre, el primer ministro entró en el salón, acercóse al presidente y le entregó una ordenanza que aplazaba las tareas de las dos cámaras de la Dieta hasta que se cerrara la legislatura. Al otro día, los miembros del Parlamento fueron convocados en el *Salón blanco* para oír la lectura de la real decisión y el discurso con que se les despedía: la arenga fué corta, altanera y llena de recriminaciones, y la prensa oficiosa acentuó la amargura de la misma y alabó al ministro que había hecho callar las sonoras voces de los oradores de la Cámara.

Cuando los diputados regresaban á sus provincias, llegaron á Berlín varios personajes notables, entre ellos Manteuffel y el conde de Goltz, procedentes del Sleswig y de París respectivamente. Circularon con este motivo varios rumores, sobre todo el de un cambio de ministerio; pero la verdad era que el rey, impresionado por la gravedad de las circunstancias, había querido tener á su lado á cuantos pudieran con sus luces ilustrar su política. El 28 de febrero celebróse un consejo doblemente importante por la categoría de los que á él habían de asistir y por los asuntos que en él debían discutirse. Estaban reunidos en torno del rey el príncipe real, los ministros, Moltke, el general de Manteuffel, el Sr. de Goltz y, en una palabra, todos los actores del futuro drama. El soberano denunció la conducta de Austria, que se obstinaba en relegar á Prusia á un pues-

to secundario; dijo que unidas ambas potencias alemanas dominarían á Europa, y añadió que aunque por un momento pudo creerse que esta unión, que había sido turbada, quedaría restablecida merced al Tratado de Gastein, en adelante sería quimérico alimentar tal esperanza: «La adquisición de los ducados, seguía diciendo el monarca, es en Prusia una aspiración nacional y si cediésemos en este punto nos debilitaríamos y envileceríamos á nuestra rival. Quiera Dios que no seamos nosotros los que provoquemos la guerra; pero tampoco deberíamos asustarnos en demasía si la guerra nos fuese impuesta.» Después del rey, Bismarck puso gran empeño en acentuar profundamente lo que su soberano no había hecho más que tratar muy por encima: enumeró los esfuerzos realizados por Austria para atraerse á la Francia, y luego, como si ya se estuviese en plena crisis, afirmó que más valía precipitar la lucha que dejar al adversario la elección de la hora y del campo de batalla. Pedido el parecer de los asistentes, entre todos los ministros, sólo el de Hacienda se declaró partidario de una política pácífica; los militares reclamaron la adopción de medidas enérgicas. Uno de los allí reunidos cuya opinión había de ser de más peso era el general de Manteuffel, personaje muy afecto al Austria y de quien su propio soberano hacía mucho caso. Afirmábase que Bismarck, al ponerlo al frente del gobierno del Sleswig, lo había colocado intencionadamente en un puesto en el cual había de encontrarse por fuerza en oposición con su colega vienés, el Sr. de Gablenz, á fin de que de este modo se destruyeran sus simpatías por los austriacos. Y los hechos habían, al parecer, justificado este cálculo, porque el general, aquel antiguo amigo del Austria, habló en los mismos términos que el jefe del gabinete. Sin embargo, la deliberación no concluyó sin que el partido de la paz encontrara un intérprete digno de defender una causa tan grande: en efecto, el príncipe real protestó contra toda medida que apresurara ó hiciera inevitable las hostilidades, diciendo que la guerra contra el Austria sería una guerra fratricida, porque se entablaría entre pueblos germánicos, y además imprudente, porque daría á Europa un pretexto para intervenir en los asuntos alemanes. Pero este lenguaje honrado no encontró eco, y el consejo decidió que el Sr. de Goltz volviese á París y observase las disposiciones del emperador, y que el Estado mayor general combinase los primeros preparativos para entrar en campaña. Uno de los principales puntos que habían de resolverse era el acuerdo con Italia; en su consecuencia se envió al Sr. de Moltke á Florencia para concertar la alianza que, en el día de la lucha, colocaría al Austria entre dos enemigos. Dispuesto así todo, el rey declaró que no provocaría las hostilidades, pero que tampoco las rehuiría.

Era imposible que se reunieran tantos personajes ilustres sin que se hablara de aquella conferencia; así es que, al terminar la sesión, los diplomáticos extranjeros, sumamente intrigados, se acercaron á los miembros del Consejo tratando de averiguar las resoluciones adoptadas. Los ministros eludieron toda contestación diciendo que habían prometido guardar el secreto, y únicamente Bismarck, menos reservado que sus colegas, dejó traslucir algo de lo que habían tratado: «No se ha tomado ninguna medida de ejecución inmediata, dijo el emba-

jador de Francia; pero mi política ha prevalecido.» Por breve que fuese aquella confidencia, el Sr. Benedetti sabía ya lo bastante para conjeturar que la guerra estaba próxima. El día 1.º de marzo, el Sr. de Manteuffel regresó á los ducados á fin de seguir desde allí los incidentes que habían de apresurar la ruptura; y el 3 el Sr. de Goltz se volvió á París con la misión de conservar la buena voluntad de Napoleón y de evitar toda complicación por el lado de Francia. Únicamente el señor de Moltke, que debía partir para Florencia, no partió, porque la misma Italia enviaba á Prusia el negociador encargado de sellar el acuerdo. ¿Sería realmente un mensajero de alianza? Apenas nos atrevemos á llamarle así, tan tortuosa era la política cuyo intérprete había de ser, y tanta sería su persistencia en dirigir sus miradas hacia Viena, aun en el momento en que se encaminaba á Berlín.

## VIII

A las seis de la tarde del día 28 de febrero, es decir, el mismo en que se celebraba en Berlín la solemne conferencia que dejamos reseñada, el caballero Nigra entraba en las Tullerías. Recibido por el emperador, expúsole en seguida el objeto principal de su visita: acababa de estallar en Bucharest una revolución cuya consecuencia había sido la caída del príncipe Couza, y al tener noticia de este suceso, había él concebido un plan que, según dijo, había sido aprobado por su jefe el general La Mármora, y que consistía en aprovecharse de aquel acontecimiento y buscar en los Principados Danubianos, desde aquel momento sin dueño, una compensación para el Austria, la cual haría cesión de Venecia. «¿Es realmente nuestra esta idea?, siguió diciendo el italiano. ¿No es más bien la de Vuestra Majestad?» Y el representante de Víctor Manuel recordó en aquella ocasión que en 1863 el emperador se había dignado explicar al conde Pasolini, en aquel entonces ministro de Negocios extranjeros, las ventajas de un arreglo semejante. El Sr. Nigra, insinuándose cada vez más, añadió que con este proyecto Napoleón realizaría á la vez el programa de la guerra de Crimea, asegurando una organización estable á las provincias moldo-valacas, y el de la guerra de Italia, consagrando la independencia de la península hasta el Adriático.

El emperador, que había escuchado todo aquel discurso sin interrumpirlo, cuando el diplomático hubo concluido, hizo observar que sería poco conveniente que fuese Italia la que tomase la iniciativa de la proposición, porque, á juzgar por el resultado de las anteriores negociaciones, la adhesión del Austria le parecía muy incierta y hasta muy poco probable. Luego, después de haber reflexionado un rato, propuso una combinación bastante maquiavélica que consistía en buscar en Berlín lo que se quisiera obtener en Viena: «Puesto que Prusia os invita á una inteligencia, no rechazéis sus indicaciones y negociad con ella una alianza ofensiva y defensiva; y en el entretanto, yo propondré vuestro plan al gobierno austriaco. Es imposible que entre los que rodean á Francisco José no haya quien no vea algo de vuestras intrigas, y bajo esta presión y comprendiendo que se halla en vísperas de encontrarse oprimida entre dos enemigos, el Austria aceptará tal vez un

proyecto que, sin esta especie de coerción moral, rechazaría casi positivamente (1).»

Obedeciendo á estas sugerencias, el gabinete de Florencia decidió entablar en Berlín negociaciones con un doble objeto, y alentando la esperanza de que á orillas del Danubio se percibiría el ruido de las palabras pronunciadas á orillas del Spree y de que para desarmar de dos enemigos uno, se abandonaría Venecia, lográndose así sin lucha el fin que se quería conseguir por medio de la guerra. Si el Austria, no comprendiendo el peligro ó creyéndose con fuerzas para vencerlo, se negaba á aquella cesión, Italia haría ver que sólo había querido el tratado con Prusia; y como no quedaría huella alguna que denunciara su doblez, acudiría resueltamente á las armas para obtener lo que no habría podido hacer suyo por la intimidación. Para esta misión delicada La Mármora se fijó en el general Govone, militar de claro talento, demasiado claro, según insinuó más adelante el jefe del gabinete italiano. El día 9 de marzo, el marqués Pepoli, pariente de Napoleón, declaró en el Parlamento de Florencia que había llegado para Italia el momento de afirmar su política y de fundar «las alianzas de Europa sobre nuevas bases, sobre la comunión de principios y de intereses (2).» Estas palabras eran una invitación á Víctor Manuel para que concertara el acuerdo con Prusia, y eran también una advertencia al Austria de que había sonado la hora de los sacrificios indispensables. El Sr. de Moltke, designado en el consejo de 28 de febrero para marchar á Italia, había recibido ya sus instrucciones y hecho visar su pasaporte para Niza; pero al saberse que estaba próximo á llegar un mensajero de Florencia, recibió orden de suspender sus preparativos. De manera que todas las negociaciones se seguirían en Berlín.

El embajador de Francia nada supo, lo cual es en verdad un hecho curioso. Con ingenua ignorancia que no deja de sorprendernos mucho, el Sr. Benedetti escribía en 14 de marzo al Sr. Drouyn de Lhuys: «Se anuncia la próxima llegada de un oficial general italiano, el general Govone, que viene á Berlín, según parece, con una misión importante. Esta noticia que se ha divulgado, á lo que se dice, gracias á una indiscreción del mariscal Wrangel, ha causado cierta emoción, y de confirmarse permitiría creer que Prusia é Italia negocian un tratado de alianza ofensiva y defensiva en previsión de una guerra próxima.» Cuando el diplomático francés escribía estas líneas, el enviado italiano encontrábase ya en Berlín. ¿Cuál era el objeto del viaje? La incertidumbre de nuestro embajador prolongóse, al parecer, durante algún tiempo: «La legación de Italia, escribía, observa conmigo una reserva absoluta.» Govone le fué presentado, pero la conversación fué tan corta como trivial: «Se habla aquí mucho de vos,» limitóse á decir el Sr. Benedetti al general, y esta fué la única alusión á los comentarios que por la ciudad se hacían. En un principio Bismarck mostróse impenetrable, contra su costumbre, tanto como la legación italiana: «El general Govone, dijo negligentemente el representante de Francia, está encargado de una misión militar y su exclusivo propósito es estudiar los perfeccionamientos

(1) Memoria del Sr. Nigra al príncipe de Carignano, 1866.

(2) *Parlamento italiano*, 1865-1866, pág. 903

introducidos en nuestras armas de guerra.» Pero al día siguiente pareció olvidar todo lo que había dicho la víspera, y pasando de la reserva á la franqueza, confesó sin ambages ni rodeos el objeto de la misión, que era llegar á un acuerdo con el gobierno prusiano: «Sin embargo, añadió con una especie de despecho, es demasiado pronto y nuestras relaciones con Austria no se han agravado bastante.» El Sr. Benedetti tomó nota de la confianza y á toda prisa comunicó al muelle de Orsay como una información preciosa, como una novedad inesperada, el anuncio del proyecto que dos semanas antes había sido concertado en el palacio de las Tullerías (3).

El mismo día de su llegada, el general Govone tuvo una primera conferencia con Bismarck en presencia del Sr. de Barral, ministro del rey Víctor Manuel en Berlín. La entrevista se celebró en la legación de Italia adonde el jefe del gabinete se dirigió secretamente, porque quería, según dijo, despistar á los curiosos que no cesaban de espiarle en el ministerio. Govone le expuso el objeto de su viaje diciéndole que las comunicaciones verbales del conde de Usedom habían autorizado á creer que Prusia estaba resuelta á llevar adelante sus reivindicaciones contra el Austria, aun cuando para ello hubiera de acudir á la guerra, y que el gobierno de Florencia estaba dispuesto á asociarse al de Berlín, si bien, añadió el italiano recalcando cuidadosamente sus palabras, no daría ningún paso decisivo si los programas de ambas cortes no llegaban á ser solidarios mediante compromisos formales. Bismarck había escuchado á Govone con gran atención y fijando en él miradas penetrantes; y cuando el general hubo terminado, hizo una larga exposición de la política prusiana desde los días ya lejanos de Olmutz, confesó sin ambages la ambición de su país, que era ejercer la supremacía sobre la Alemania del Norte, felicitó á la casa de Saboya por sus recientes engrandecimientos y se felicitó á sí mismo por haber curado á su soberano de sus escrúpulos *legitimistas* demasiado exagerados. Después de esto, expuso su plan para provocar la ruptura, que había de consistir, como dijo familiarmente, en «poner de nuevo sobre el tapete la cuestión de la reforma federal sazónada con un parlamento alemán,» cuestión que engendraría tales disputas que la guerra estallaría por sí sola. Tras este largo preámbulo, abordó el primer ministro el punto principal de la conferencia, á saber, el tratado con Italia, procurando poner de relieve las ventajas de un tal tratado; «pero, añadió con aparente indiferencia y sin que el sonido de su voz delatara ninguna exigencia excesiva, quisiéramos que en este documento el gabinete de Florencia contrajese desde luego la obligación de seguir á Prusia en la realización de sus planes,» á cambio de lo cual Prusia se comprometería á obtener, después de la guerra, la solución de la cuestión véneta. El italiano, que estaba dotado de tanta astucia como el alemán de ardor persuasivo y de exuberante fuerza, había escuchado con admiración aquel largo programa, de una osadía original, sembrado de frases felices y por añadidura desarrollado con tan completa familiaridad, con tan aparente franqueza, que parecía imposible que la boca que tantas cosas descubría pu-

(3) Informes del Sr. Benedetti, de 14, 16 y 18 de marzo de 1866 (*Ma mission en Prusse*, págs. 70-73).

diera dar paso á reticencias ó á imposturas. En medio de aquellas confidencias hechas como al azar y hábilmente desordenadas, vió en el hombre de Estado prusiano un propósito firmísimo, el de aceptar el concurso de Italia á título de auxiliar más bien que de aliada, de encadenarla por medio de compromisos que él mismo no suscribiría, y sobre todo de reservarse la elección del momento en que había de estallar la lucha. Govone, súbitamente enfriado, respondió con calculado laconismo: «Dudo de que mi gobierno quiera comprometerse de una manera general y para eventualidades lejanas, pues Italia podía modificarse de un momento á otro... Por lo demás, añadiré, daré cuenta á Florencia... Cuando menos sería menester convenir en que la cuestión de los ducados no se resolverá sin que paralelamente se resolviera la de Venecia.» Bismarck no observó ó aparentó no observar toda la desconfianza que aquel lenguaje entrañaba: «No, replicó; no demos demasiada importancia á la cuestión de los ducados, ya que solicitamos el concurso de Italia para lograr más altos resultados.» Y partiendo de esta base, insistió en las grandes cosas que Prusia é Italia podrían realizar juntas, sobre todo si á su doble fuerza se añadía la buena voluntad de Francia, y añadió: «Si Italia no quisiera un convenio, pediríamos á lo menos un tratado de amistad y alianza perpetuas.» El presidente del Consejo habló largamente en este sentido, pero cuanto más se extendía en consideraciones generales, en argumentos seductores, tanto más persistía el italiano en una silenciosa reserva: «Comunicaré á Florencia toda nuestra conversación,» respondió; y con estas palabras terminó la conferencia.

Al mismo tiempo que Govone dirigía á su gobierno una memoria llena de desconfianzas sobre aquella entrevista, Napoleón trataba de averiguar los sentimientos de las grandes cortes respecto de un proyecto de arreglo que permitiera la permuta de Venecia por los Principados Danubianos: Rusia se declaró hostil al mismo; Inglaterra respondió con bastante frialdad y más bien en sentido desfavorable, y en cuanto al Austria, mostróse desconfiada y desdenosa y por segunda vez desperdició la ocasión de dividir á sus enemigos. En 17 de marzo, el Sr. Nigra anunciaba en Florencia el fracaso de la combinación que había acariciado: «Nuestra única esperanza, telegrafiaba, se resume hoy en una guerra de acuerdo con Prusia.»

La solución que tenía por base el Austria quedó, pues, descartada, por lo menos provisionalmente, ya que más adelante se habían de encontrar otra vez las huellas de la misma; y aunque la negociación quedó simplificada, llevó siempre el vicio de un recíproco é incurable temor de ser engañado, pues por ambas partes una sospecha general persiguió hasta el fin á los negociadores, la de que sus palabras fuesen explotadas en Viena: «Italia, pensaba Bismarck, se servirá de nosotros para hacerse dar Venecia;» y esta idea se cruzaba con una idea parecida de Govone: «Prusia se aprovechará de nuestras gestiones para hacerse conceder los ducados del Elba.» Prusia deseaba un tratado de duración indeterminada que la dejase en libertad completa de moderar ó acentuar su política y de fijar por sí sola la hora de la acción; Italia rechazaba una alianza de esta índole como habría rechazado una servidumbre, no

quería firmar sino un compromiso limitado, temía verse obligada á seguir á Prusia sin que ésta lo estuviera á su vez á prestarle ayuda, y, en su preocupación perpetua de no ser sacrificada, creía ver en cada palabra un lazo ó un medio de substraerse al compromiso. Cuando Bismarck proponía que los italianos entraran en campaña en el momento en que la cuestión alemana determinara el conflicto, Govone y el Sr. de Barral, atentos á la reciprocidad, replicaban: «Pero si el Austria nos ataca á nosotros, ¿tenemos, por igual razón, la certeza de ser defendidos?» Bismarck, que adivinaba estos pensamientos refinados, resolvió precipitar la solución, y el 17 de marzo, después de una comida celebrada en la legación de Italia, abordó á Govone y le dijo: «Nada habéis de temer; vamos á quemar nuestras naves. Por otra parte, el rey Guillermo es el último soberano de Europa que rehuiría sus compromisos.» Y después de una corta pausa añadió: «La cuestión italiana está más adelantada que la alemana, y siendo esto así, ¿por qué no había de partir de Italia el primer movimiento? ¿Por qué no habéis de lanzar sobre Venecia algunos cuerpos francos?» Cuánto más ardiente se mostraba Bismarck, mayor era la frialdad de Govone, el cual, esforzándose por dar á sus palabras un acento de indiferencia, respondió que su país no estaba preparado para tal iniciativa, que su gobierno se ocupaba exclusivamente de sus asuntos interiores y que, una vez resueltos éstos, las demás cuestiones se solventarían por sí solas. «Si hemos venido aquí, añadió friamente y como para picar el amor propio del hombre de Estado prusiano, ha sido porque teníamos el convencimiento de que Prusia estaba dispuesta á emprender la guerra.» Dos días después volvió Bismarck á la carga, dirigiéndose esta vez al señor de Barral: «¿Estaría Italia pronta á declarar inmediatamente la guerra al Austria? le preguntó.—Si así fuese, repuso Barral, ¿os comprometeríais por un tratado formal á tomar la ofensiva desde el día siguiente?» Ante esta réplica el primer ministro titubeó: «Sería necesario que yo viera al rey; si se negaba, presentaría mi dimisión.» El día 20 de marzo, el jefe del gabinete prusiano, cada día más fecundo en expedientes, propuso otra combinación, consistente en un tratado general de alianza y amistad que en ciertas eventualidades se convertiría en un tratado ofensivo y defensivo. Pero siempre quedaba la misma duda: ¿quién tomaría la iniciativa de la agresión contra el Austria? Govone decía que había de ser Prusia; Bismarck, después de haber interrogado al rey, replicaba que debía ser Italia.

Todo contribuía á complicar las negociaciones y más que nada el carácter de los negociadores: aquellos futuros aliados se trataban como adversarios circunspectos que multiplican las astucias, meditan las estocadas y prolongan indefinidamente los falsos ataques sin atreverse á embestirse. Y en tales circunstancias, ¿no era de temer que el Austria, penetrada de todas aquellas maniobras, se atrajera á uno de los contendientes? «Se mantienen de tal manera en guardia, que no se entienden sobre ningún punto,» escribía á su gobierno el señor Benedetti, quien, después de haber ignorado las primeras negociaciones, había acabado por recibir á la vez las confidencias de Bismarck y de Barral. Justo es decir que la cautelosa prudencia de Govone se explicaba en parte por el estado de Prusia: el general sabía

bastante historia para no ignorar los días de 1850 y la retirada de Olmutz, y teniendo esto en cuenta preguntábase si acaso también ahora y en el último momento no abdicaría Berlín ante Viena. Una circunstancia especial fomentaba la desconfianza de Govone y era la tardanza del rey en recibirle; más de ocho días transcurrieron sin que fuese recibido en el palacio real, y durante esta larga espera pudo notar en el lenguaje de la prensa y en los mil rumores de la opinión una porción de síntomas pacíficos: la población civil sentía horror por la guerra, los militares dudaban de la victoria, la corte murmuraba un poco contra la omnipotencia del primer ministro, y hasta el pie del trono llegaban numerosos mensajes suplicando al príncipe que no inaugurara la lucha entre pueblos alemanes.

Al fin, después de toda clase de avances y retrocesos, pareció prevalecer el proyecto de un tratado eventual sólo valedero, como deseaban los italianos, por un plazo muy corto, dos ó tres meses, por ejemplo, transcurrido el cual, si Bismarck no había encontrado su *casus belli*, Italia recobraría su libertad de acción. Barral recomendó esta combinación á su gobierno en un telegrama apremiante, al que La Mármora contestó en seguida: «Es indispensable que el gobierno prusiano nos haga una proposición por escrito, terminante y concreta.» Pero en el momento en que parecía haberse acercado á la meta, aviváronse las suspicacias prusianas, tan profundas como las mismas desconfianzas de Italia. Ante la idea de entregar un proyecto escrito, Bismarck vaciló y pareció eludir el compromiso; su deseo era arreglarlo todo sin necesidad de informar al gobierno italiano, y por aquel mismo entonces explicaba al Sr. Benedetti el motivo de sus aprensiones en los siguientes términos: «Si entregamos la prueba de nuestras negociaciones, ¿no pasará el documento por Viena antes de ser devuelto á Berlín (1)?»

En medio de todas aquellas incertidumbres, los italianos no cesaban de volver sus miradas hacia el emperador. ¿Qué aconsejaba éste? ¿Hasta qué punto aseguraría su garantía á su antigua aliada? Nigra, merced á la consideración personal de que gozaba y á todas sus amistades, estaba en comunicación casi constante con el emperador, sea que le fuese permitido hablarle directamente, sea que, por medio de intermediarios bien escogidos hiciera llegar hasta él las aspiraciones de sus compatriotas. Si hemos de dar crédito á las informaciones del diplomático italiano, Napoleón no cesó de incitarle, con inconsciente complacencia, á la alianza, y habiéndole Nigra expuesto las asechanzas que tal vez se ocultaban detrás de las proposiciones prusianas, el emperador empleó toda su habilidad en disipar las objeciones: una inteligencia directa con el Austria á propósito de Venecia era menos probable cada día; el gabinete de Florencia no debía ningún miramiento al gabinete de Viena; en cambio, tenía gran interés en que Bismarck hiciera de la seguridad de una ayuda de allende los Alpes un argumento para impulsar á su rey á la guerra. Cuando tuvo en su poder el proyecto de tratado secreto, cuyo texto le había sido transmitido por telégrafo, Nigra se presentó de nuevo en las Tullerías y de nuevo aconsejó al emperador que lo aceptaran. En esto, llegó

(1) Benedetti, *Ma mission en Prusse*, pág. 76.

á París Arese y Napoleón repitió á su amigo de la juventud todo cuanto había dicho al representante oficial de Italia: «Firmad el tratado; os doy este consejo como amigo.» Añadió, sin embargo, que declinaba su responsabilidad y que el gabinete de Florencia cometería una falta grave, si tomaba la iniciativa de la ruptura. Después respondió con evasivas á todas las insinuaciones de Nigra y del príncipe Napoleón en favor de una triple alianza entre Francia, Prusia é Italia. «Creo, escribía Nigra en 31 de marzo, que el emperador desea la guerra; pero creo también que no quiere comprometerse con nadie antes de que se haya empeñado la lucha (2).»

Napoleón excitaba á la alianza; también excitaban á ella los acontecimientos, al disminuir las probabilidades de una solución pacífica. La cuestión del Sleswig-Holstein se enconaba cada vez más. A mediados de marzo publicóse una ordenanza real que castigaba con penas severas á todo el que atacase en los ducados los derechos soberanos de las dos grandes potencias alemanas, y esta medida no podía tener otro objeto que molestar al gabinete de Viena é impulsarle á tomar represalias. Por aquel mismo tiempo comenzó á hablarse mucho en Berlín de los preparativos militares que se hacían en Austria, formulándose luego violentos ataques contra la Confederación germánica. Mas, á pesar de todo, las suspicacias subsistían y aun en medio de las imágenes de la lucha, que adquirían mayores proporciones de día en día, los italianos no deponían sus aprensiones. «Prusia no encontrará ningún *casus belli*,» decían, y á propósito de los temores que los sentimientos de Guillermo I les inspiraban, repetían la siguiente frase que se atribuía al primer ministro: «Espero convencer al rey, pero no pondría las manos en el fuego de que he de conseguirlo.» Bismarck, por su parte, temía ser traicionado, como Govone temía á su vez que le abandonarían; y habiendo partido para Italia el príncipe Napoleón, figuróse, ó fingió que se figuraba que aquel viaje se relacionaba con un proyecto de cesión á Venecia. Entonces tomó por confidente al señor Benedetti, y reuniendo todos los indicios que excitaban sus alarmas, le dijo: «Tengo poderosos motivos para creer que Italia persigue á la vez varios propósitos.» A lo que nuestro embajador contestó con gran ingenio y cierta ironía: «¿Creéis que si Italia y Austria hubiesen querido reconciliarse habrían elegido como agente de reconciliación al príncipe Napoleón?»

Como la necesidad recíproca de una avenencia imponía una corta tregua á las desconfianzas, firmóse al fin el tratado secreto, cuya duración se limitó á tres meses, tal como deseaba Italia, atenta á no ligarse por mucho tiempo; en cambio el gabinete de Berlín se reservaba el derecho de fijar cuándo debían romperse las hostilidades, y en esto estribaba su principal ventaja. El momento de entrar en campaña sería aquel en que el estado de los asuntos alemanes obligaría á Prusia á tomar las armas; y la guerra se haría con todos los recursos de ambas naciones, siendo el objeto de la misma para Italia la adquisición de las provincias vénetas y para Prusia, según verbalmente se convino, la consa-

(2) Informe del Sr. Nigra al príncipe de Carignán, junio de 1866.—Véase también La Mármora, *Un peu de lumière*, pássim.

gración de su supremacía en la Alemania del Norte, comprometiéndose los dos Estados á no firmar separadamente la paz, en tanto que no se lograsen uno y otro objeto. El día 8 de abril, á las ocho y media de la noche, firmóse el tratado después de una larga conferencia y de una última corrección del texto; y cuando después de tan accidentadas negociaciones Bismarck tuvo en sus manos el documento que le había de permitir elevar sus empresas al nivel de sus ambiciones, cuando vió al Austria tan fuertemente oprimida entre sus dos enemigas, no pudo ocultar su gozo. Recreándose de antemano en el caos de donde saldría su propia grandeza, calmó las últimas inquietudes de los que eran ya sus cómplices, y al despedirse de éstos les dijo: «Estad tranquilos; tendremos guerra y me comprometo á promover la gran confusión que la asegurará.»

## IX

Todo había sido preparado anticipadamente para crear esta *gran confusión*; faltaba sólo enredar las cosas de tal modo, que en medio del exceso de complicaciones la fuerza resultara ser el único medio de restablecer el orden.

Con un intervalo de siete años vemos á Bismarck proceder como había procedido Cavour en 1859, sea porque intencionadamente hubiese estudiado á su predecesor, sea porque instintivamente y sin propósito de copiarse, todos los grandes ambiciosos se parecen: como Cavour en el pequeño ducado de Módena, buscó un pretexto para la contienda en el pequeño principado del Sleswig-Holstein; del mismo modo que aquél había denunciado los preparativos belicosos comenzados en Lombardía, denunció él las concentraciones de tropas en Bohemia; y así como el estadista italiano se había prevalido del Estado de Italia, prevalióse él del Estado de Alemania. Ducados del Elba, armamentos de Austria, reforma federal; también tiene Bismarck en sus manos estas tres máquinas de guerra, que maneja sucesivamente afilando la una en cuanto la otra parece embotarse. Y así continuará hasta el día en que, después de haber fatigado á Europa, subyugado á su país y sojuzgado decididamente á Italia, arrastrará al campo de batalla á su pueblo, á su aliado y á su rey.

La cuestión del Sleswig-Holstein había sido maravillosamente concebida para iniciar y mantener la contienda; pero había llegado el momento en que Bismarck, sin abandonarla y á reserva de volver á acogerse á ella, necesitaría recurrir á más ruidosos agravios. Desde mediados de marzo venía recibiendo informes que le daban cuenta de varios movimientos militares en el Norte del imperio austriaco, movimientos que, en realidad, eran muy limitados según el propio Moltke confesaba al general Govone. El primer ministro, reuniendo todos esos hechos de escasa importancia y agrupándolos con arte infinito, había denunciado, en una circular publicada en 24 de marzo, á Alemania las que él denominaba provocaciones del Austria: compra de caballos, llamamiento de soldados que disfrutaban de licencia, nombramiento de médicos militares, medidas adoptadas para los transportes en las líneas férreas, reunión en Bohemia de regimientos sacados de Moravia, de Galizia ó de Hungría, nada se omitía en aquella denuncia. Bismarck (y en esto

se parecía también á Cavour) había formado desde hacía tiempo, en su país y fuera de él, una prensa amoldada á su voluntad, una prensa dócil que había de llevar á larga distancia el eco de su voz; y esta prensa no tardó en proclamar en alta voz la audacia de Austria, que resueltamente quería la guerra, y en decir que al gabinete de Berlín se le acusaría con justicia de imprevisor si, á su vez, no compraba caballos, llamaba á ciertas reservas, en una palabra, si no adoptaba algunas medidas de seguridad. El Sr. de Mensdorff-Pouilly negó desde Viena que existiera ningún pensamiento belicoso, y el primer ministro prusiano vióse obligado á hablar como su rival, so pena de descubrir sus verdaderos proyectos. Pero pocos días después pudo indemnizarse de su moderación. El Sr. de Mensdorff, por una de esas torpezas muy comunes en su país, expidió en 7 de abril un segundo despacho en el cual invitaba á Prusia, en tono muy altanero, á revocar todas las disposiciones militares que había adoptado; Bismarck publicó en seguida aquel documento, llamó la atención sobre todas las expresiones conminatorias en él contenidas, sin omitir una sola, y fingiéndose profundamente ofendido y sobre todo esforzándose en despertar el amor propio del rey, se deshizo en amargas quejas: «Diríase, exclamaba, que es el emperador de Alemania que se dirige al margrave de Brandeburgo.»

Importaba mantener en ansiedad á la opinión pública explotando todo cuanto pudiera irritarla. Al día siguiente de haberse firmado el tratado de 8 de abril, la Dieta de Francfort recibió una extraña comunicación: apenas la sesión abierta, Prusia presentó un proyecto para la convocación de una asamblea constituida por sufragio universal que deliberaría sobre todas las proposiciones de reforma federal que le presentaran los gobiernos alemanes. Aquella moción, que fué enviada á las cortes confederadas para que se enteraran de ella, no era del todo inesperada, desde el momento en que la circular de 24 de marzo, relativa especialmente á los armamentos austriacos, terminaba con una crítica acerba de las instituciones existentes; pero, á pesar de haber sido de esta suerte preparada y casi anunciada, no por esto dejó la iniciativa prusiana de causar sorpresa y aturdimiento grandes. ¿Por virtud de qué repentina conversión Bismarck, ese retrógrado de 1849, que tanto despreciaba el régimen parlamentario, se transformaba en campeón del sufragio universal? Nadie creyó en la sinceridad de la evolución y los demócratas fueron los primeros en calificar de sospechoso cualquier don que de tal mano recibieran. Mas si como prenda de liberalismo el proyecto pareció mediocre, en cambio como máquina de guerra se le consideró muy refinado: evidentemente el objeto que con él se perseguía era no tanto modificar la Confederación germánica como destruirla, y herir al través de la Dieta de Francfort al Austria, la cual se vería obligada á renunciar á toda influencia ó á defender con las armas en la mano á su antigua protegida. Entonces corrió desde las orillas del Elba á las del Danubio una frase que hizo fortuna: «Bismarck prepara el óleo democrático con que el rey de Prusia será ungido emperador de Alemania.»

Después de haber puesto el cebo á la cuestión de la reforma federal, el primer ministro la abandonó, reservándose empero volver sobre ella muy pronto, é inte-